SANGRE Y TRANSFIGURACION (IV)

(4ta y última parte de «La condesa Báthory»)

por Alberto S. Insúa

Nota del webmaster: ***muchas gracias a todos los lectores que han colaborado para que la aparición de este cuento fuera posible. Dado que no dispongo del número 38, me hubiese sido imposible terminar esta selección como corresponde. Pero siempre está la gente que le gusta ayudar. Miguel Durán y José Luis... ¿cómo agradecerles? Sé que el haber ayudado con una colección que ustedes disfrutan ha sido más que suficiente, pero para mí, fue un gesto único y muy apreciado. Si hubiesen otras palabras que superasen a Muchas gracias, sin duda las usaría. Son los responsables de que esta selección haya llegado a buen puerto. Bueno, me despido, no sin antes recordarles que lean las NOTAS del 11 de octubre. A disfrutar del relato...***

«La Condesa Erzebet Báthory murió —es de esperar que total y y definitivamente— en 1614, pero es posible que aquel que ha bebido la sangre de los otros siga viviendo eternamente...»

En la medida en que odia el paso inexorable del tiempo, Erzebet Báthory odia también los relojes. De hecho, no tolera la presencia de ninguno de ellos en su castillo. Pero, esos mecanismos, llamados de relojería, pueden utilizarse con fines diferentes que marcar el monótono sucederse de las horas. Cual modernos Prometeos, los artesanos relojeros han aplicado sus conocimientos en la emulación divina, creando extraños seres mecánicos que remedan algunos aspectos humanos: máquinas que ríen, que juegan la batalla incruenta y mil veces renovada del ajedrez, que danzan, que giran a un lado y otro de su cabeza vacía, que abren y cierran los ojos, que mueven los brazos.

El saber culto los ha bautizado con el nombre de autómatas, aludiendo al carácter fatal y estereotipado de sus movimientos. El saber popular los mira con recelo, atribuyéndoles propiedades y orígenes diabólicos.

La ciudad de Nuremberg compite con la de Estrasburgo en la fama de sus relojes. En aquella, un hábil artesano ha creado un autómata famoso. Se trata de un humanoide danzarín con formas y rostro de mujer, que guarda entre sus mecanismos uno, secreto y terrible, destinado a dar la muerte. Es muy posible que su constructor artesanal tomara como referencia y motivo de inspiración un viejo artilugio de tortura inquisitorial dotado de filosas e incisopunzantes propiedades, conocido con el sobrenombre de moza o novia española, añadiéndole, con sus conocimientos y fantasía creadora, el mecanismo de relojería. Este motivo de inspiración consistía en una especie de pelele o maniquí de paja

revestido de ropas femeninas, que escondía entre su relleno, profusamente repartidos, hojas y pinchos de acero capaces de cortar y traspasar a todo aquel que, muy a su pesar, era obligado a abrazarlo. Ni que decir tiene, que el suplicio estaba destinado a todos aquellos que, con razón o sin ella, eran acusados de delitos sexuales.

La fantasía, esta vez literaria, de su constructor ha bautizado al autómata con el nombre de Virgen de Hierro, aludiendo a la inviolada condición y formas femeninas y a la materia de que fue construido. A pesar de su falta de originalidad el autómata ha adquirido una cierta fama, y la transmisión oral de su nombre ha sufrido diversos cambios, tal vez, porque entre los expertos aparecen claros otros antecedentes del mismo que, de forma inconsciente, han podido influir en su constructor. Así, algunos al nombrarlo suprimen la referencia a su naturaleza metálica y la sustituyen por el toponímico de su lugar de origen. Pero Virgen de Nuremberg es un nombre que induce a confusión. Hay otro aparato, de características terribles, que responde a dicha denominación, utilizado como instrumento de muerte y tortura. Se trata de un ataúd metálico, de forma vagamente femenina, cuya tapa —interiormente tachonada de grandes clavos afilados —perfora de forma múltiple el cuerpo de la víctima. Hábilmente calculada la disposición de los mismos es posible conseguir que, una vez cerrada la tapa, el torturado agonice lentamente, o bien, en tratamientos más benignos, se produzca la muerte instantánea por despedazamiento. Pero, tampoco este ataúd de hierro —utilizado en prácticas inquisitoriales— es un invento original. En realidad se trata de una versión amplia de la vieja máscara del demonio, instrumento con el que la misma inquisición premiaba a las brujas en tiempos no muy remotos; máscara metálica de caracteres diabólicos por fuera, como otros sambenitos infamantes, pero, ¡genial innovación!, cubierta de clavos por dentro. Situada sobre la cara de la víctima e impelida por la fuerza del golpe seco de una tremenda maza de madera, perfora simultáneamente los ojos, la nariz, la boca, los pómulos y el cerebro, provocando la muerte instantánea. Suele emplearse momentos antes de que el cuerpo muerto de la supuesta hechicera se convierta en una pavesa humana.

La Condesa Báthory desconocía hasta ahora tales refinamientos. Hace tiempo, en vida de su esposo, cuando los autómatas estaban de moda entre la nobleza, encargó a un artesano una réplica de la famosa Virgen de Hierro. Un simple capricho. Hoy, pasados dos años, recibe noticias de que está concluida y que su constructor solicita permiso para llevarla hasta el castillo. La Condesa despide al mensajero, aceptando las condiciones, y la posterior conversación con Dorko le revelan los detalles de los instrumentos inquisitoriales de tortura. Una charla instructiva, pues en su mente el diseño y funcionamiento del ataúd de clavos hace germinar la semilla de la invención. Hablará más tarde de ello con el herrero de Cesthe.

* * *

Hay una gata negra que ronronea en el regazo de Erzebet. Rítmicamente, la mano de la Condesa acaricia el pelaje del animal, y sus uñas se hunden rascando su piel. El resto de sus compañeras felinas, menos afortunadas, juguetean rodeando el trono, o bien reposan, repartidas por las cuatro esquinas del salón.

Pero, este gesto monótono y acariciatorio es puramente mecánico y accidental. La atención de la Condesa se centra en el espectáculo que está a punto de comenzar.

Inmóvil, con su estúpida sonrisa congelada, el autómata femenino espera en el centro del salón el momento en que la mano sarmentosa de Dorko lo ponga en marcha. La elegancia del ser mecánico, ataviado con uno de los trajes de la Condesa, contrasta con el sucio sayal de Dorko, la zafiedad del eunuco embutido en un jubón desteñido y la simple túnica blanca de la joven a la que este último sujeta con fuerza.

La muchacha es una de las recién llegadas. Ha sido separada del resto de sus compañeras, —entre las que se encuentra su hermana, detalle este que Dorko ignora o ha olvidado— y llevada a presencia de la Condesa. Previamente, se le ha explicado que se trata de participar en una pequeña fiesta y en un divertido juego. En un proceso de acumulación de errores por parte de Dorko, y en un momento de descuido, la joven ha tenido tiempo de informar a sus compañeras de la deferencia de su señora para con ella con el sano afán de provocar su envidia. Luego ha partido hacia el salón , orgullosa por la distinción de que ha sido objeto y deseosa de conocer de cerca de la Condesa. Pero no ha partido sola. Su hermana, un año menor que ella, se ha adelantado y ha llegado corriendo hasta la sala. Ansiosa de no perder detalle del sarao en el que su hermana es invitada de honor, se ha escondido tras los cortinajes, y desde allí ha contemplado admirada los preparativos: el desembalaje del autómata, llevado a cabo por Dorko y el eunuco, y el acto de vestirle y darle cuerda; seguidos por la entrada solemne de Erzebet rodeada de su múltiple y pequeña corte felina, y posteriormente la de su hermana, que atiende ahora temerosa las explicaciones de Dorko. La fría mirada de la Condesa, el aspecto inquietante de la bruja y el eunuco y, sobre todo, el a su juicio personaje diabólico encarnado en el autómata han hecho nacer el miedo en el ingenuo corazón campesino de la muchacha.

Dorko trata de poner en sus palabras toda la bondad y melosidad posibles para vencer el recelo de la chiquilla.

—Vamos, no tengas miedo. Se trata tan sólo de un muñeco. Tienes que abrazarlo y bailar con él, dando vueltas. Seguro que has bailado en las fiestas muchas veces.

La muchacha protesta tímidamente.

—Me da miedo...

Dorko finge sorpresa, burla e indignación:

—¡Miedo! ¡Qué tontería! ¿Cómo puede darte miedo un simple monigote? Vamos, ya no eres una niña. Mira, si no bailas, la Condesa se va a enfadar...

La doncella trata inútilmente de protestar.

—Pero...

Dorko, furiosa, la empuja contra el autómata.

—¡Abrázalo!

No hubiera sido necesaria tal orden. El empujón ha hecho que la muchacha pierda el equilibrio; y sus brazos se cierran sobre la cintura del ser mecánico.

La presión libera un resorte, el resorte pone en marcha una rueda, los brazos del autómata se elevan y los antebrazos giran sobre sus articulaciones mecánicas aprisionando en su cerco de hierro la cintura de la muchacha. Esta trata de liberarse sin conseguirlo.

La bruja lanza una carcajada y el eunuco se hace eco con una sonrisa sofocada. Dorko exclama:

—Ahora ya no podrás escaparte. ¡Baila pequeña, baila! ¡Vamos, empieza a dar vueltas!

Tampoco en este caso hubiera sido precisa la orden. El autómata, una vez puesto en marcha, reproduce una serie programada de movimientos. Bajo las plantas de sus pies, pequeñas ruedas y rodillos se ponen en marcha y arrastran a la muchacha en un girar monótono de circuitos repetidos, un girar que se hace cada vez más rápido, hasta que los pies de la muchacha abandonan el suelo y giran en el aire rozando el piso de madera, mientras siente que su cabeza también da vueltas y comienza un mareo que amenaza con hacerle perder la conciencia. Entonces, la cabeza del monigote entreabre su boca vacía en una estúpida y...

... bruscamente, al igual que la boca, el pecho del autómata se abre y sus dos senos metálicos liberan dos cuchillas que rompen el brocado del traje blanco bordado, la tosca túnica blanca de la muchacha, sus dos pechos incipientes, su corazón y sus pulmones y desgarran su espalda, traspasándola de parte a parte y haciendo florecer rosas de sangre roja en su cuerpo taladrado, que suben hasta su boca y se deshojan en borbotones que tiñen de rojo el blanco de ambos vestidos; y la sangre va poco a poco encharcando el suelo, mientras el muñeco continúa girando cada vez más lentamente, y su sonrisa

estúpida desaparece, sus cuchillas se repliegan, sus brazos se abren , y el cadáver cae al suelo como un guiñapo, y queda allí, inmóvil como un trofeo abatido, a los pies de su asesino metálico.

Desde su punto de mira, con los ojos desencajados por el horror, incapaz de lanzar un grito, no por temor a delatarse sino por puro anonadamiento, la hermana de la víctima no puede creer lo que sus ojos han visto, ni que la que hasta hace unos pocos instantes era la compañera fraterna de sus juegos infantiles, se haya convertido ahora en un montón informe de carne muerta, que flota en un gran charco de sangre que el medio centenar de gatas ha comenzado a lamer con ansia, acostumbradas como están al rojo alimento.

La Condesa se levanta y bosteza con fastidio.

—Aburrido. Un aburrido mecanismo inútil. Apenas un momento de emoción y luego nada. Demasiada sangre derramada inútilmente. Sólo ellas la aprovecharán. Guárdala. Es posible que algún día nos sea de utilidad.

Erzebet sale lentamente. Dorko y el eunuco proceden a guardar el autómata en su caja.

Desde su escondrijo la joven, hermana de la víctima, paladea el sabor salobre de sus lágrimas y en su mente atormentada trata desesperadamente de encontrar la forma de escapar.

* * *

Amparada en las sombras de la noche, dejando entre los salientes de los muros de piedra del castillo fragmentos de la delgada túnica que la cubre y de su propia piel, la muchacha ha lograda descender y corre, desesperada y jadeante, tratando de alejarse del horror que acaba de presenciar. Sus pies semidescalzos se hunden en la nieve y sólo el esfuerzo de la carrera le impide tomar conciencia del frío terrible que traspasa su exigua vestidura. Corre y corre mientras que su respiración jadeante se condensa en blancas nubes de vapor, y aunque comprendiera la inutilidad de se esfuerzo, seguiría corriendo hasta caer reventada, muy lejos todavía de su hogar.

* * *

La Condesa Báthory, aburrida, ha deambulado por los pasillos, y al llegar ante la puerta de su cuarto ha dudado en entrar. Faltan todavía algunas horas hasta el amanecer. Pasarlas en su estancia puede aumentar más su tedio. Decide pues volver al salón. Es posible que la vieja Dorko sea capaz de entretenerla.

Desde el alargado marcho hexagonal de la puerta Erzebet contempla la habitación vacía. Un único maullido la saluda. La Condesa cruza un momento sus ojos negros con los ojos amarillos de la gata, que aculada junto a la estufa de porcelana la contempla con fijeza y lanza una maldición. Dorko, esa bruja del infierno, nunca está cuando la busca. Se vuelve para reemprender el camino que lleva a su cuarto, y en ese momento la voz de Dárvula resuena a su espalda.

—¿Aburrida, Condesa? No es extraño, después del ridículo espectáculo de esta velada.

La Condesa se vuelve.

—¡Ah, estás ahí! No te oí entrar.

—Vamos, parece como si la estupidez te hubiera contagiado. No es necesario que emplees conmigo frases convencionales. Yo ni entro ni salgo. Deberías saberlo. Aunque entrar y salir del castillo no parece difícil.

Sorprendida, Erzebet balbucea:

—No te entiendo...
—Pues está bien claro, Condesa. Mientras tú juegas con tu muñeco, una de tus palomas levanta el vuelo. Y como ha visto el espectáculo es posible que tenga muchas cosas que contar... si es que logra llegar hasta los suyos. Aunque, tal vez, un paseo a caballo, bajo la luz de la luna, pueda acabar con su indiscreción...
La Condesa asiente nerviosa. La huida de la muchacha le preocupa, pero presiente que salir en su persecución puede alejar del todo el aburrimiento. Exclama:
—Está bien. Saldremos ahora mismo. ¿Nos acompañarás?
Dárvula tuerce el gesto.
—De una forma u otra yo siempre estoy presente. Apresúrate. Fuera hace un frío terrible. No olvides llevar un recipiente para recoger agua helada.
Erzebet ha vuelto la espalda y sale del salón. Sabe que Dárvula ya no está con ella.

* * *

Los tres caballos galopan presurosos por los caminos de nieve exhalando por sus belfos enormes nubes de vapor. Abre marcha la Condesa y tras ella van Dorko y el eunuco. Este último porta una antorcha, y en el arzón de su cabalgadura golpea con ruido sordo una gran jarra de plata. Hay también un lebrel negro, surgido no saben de dónde que les acompaña en su carrera. Han seguido fielmente el rastro dejado por la muchacha en su huida: las huellas de sus pisadas en la nieve; y al divisarla se abren en abanico para cortarle el paso.
Tú también los has visto, muchacha, has visto el resplandor de la antorcha, has oído el sordo golpear de los cascos de los caballos, su relinchar entrecortado, mezclado con los ladridos del perro, y sacando fuerzas de flaqueza corres desesperada, jadeante, en dirección al río helado que te corta el paso. Sabes que es inútil, que el final de tu huida ha llegado y sin embargo corres, caes al suelo, te levantas y vuelves a caer, mientras el eunuco, repulsivo y medio enano, baja del caballo, te da alcance y te atrapa con sus brazos cortos y nervudos. Entonces chillas, y tu chillido se mezcla con la carcajada de la Condesa, la risa sofocada de Dorko y un enervante coro de ladridos. Gritas, pataleas, intentas defenderte y...
La larga aguja de oro que sostiene el peinado de la Condesa se hunde en el pecho de la muchacha, en el vientre, en un brazo, en la cara. Firmemente sujeta por el eunuco, la joven sólo puede gritar su dolor. Esto enardece aún más a Erzebet. Deja caer la aguja, y son ahora sus dientes los que se clavan en los hombros, en los brazos, en el cuello, traspasando la carne y haciendo saltar sangre. Deja de morder para gritar a Dorko:
—Trae agua, en seguida.
La bruja, nerviosa, mira en derredor. Luego corre hasta el caballo y toma del arzón la jarra de plata y un hacha pequeña.
Acuclillada junto a la orilla rompe con golpes rápidos la superficie helada y hunde la jarra en el agua, que corre presurosa bajo la costra de hielo. Derramándola en parte, llega jadeante hasta su dueña.
La Condesa arrebata la jarra de manos de la bruja. Lentamente, con delectación, Erzebet vierte el agua sobre la cabeza de la muchacha, empapando su sus cabellos, y la túnica manchada de sangre. Lanza a gritos sus órdenes al eunuco:
—¡Suéltala!
La muchacha se encuentra de pronto libre. Un estremecimiento tembloroso recorre su cuerpo. Da unos pasos y cae arrodillada. El agua se ha transformado en una costra de hielo que pone rígida como el pergamino la tela de la túnica, y en pequeños carámbanos que penden de sus cabellos. Un frío intenso recorre su cuerpo y un sueño horrible la

invade. Hay un momento de placidez, y luego nada. Cierra los ojos y ni tan siquiera se siente caer sobre la nieve.

Un nuevo chorro de agua cae sobre la gélida estatua yacente e inmóvil. Un momento después, sólo se escucha el rumor sordo y apagado de los cascos de los caballos que se alejan; mientras el perro negro olisquea el cuerpo de la muchacha, y aúlla a la luna antes de desaparecer; y el minúsculo punto se luz de una antorcha se pierde en el horizonte.

A la luz de la luna, en su urna de cristal acuoso, el cadáver de la muchacha parece sonreír...

* * *

Los tres caballos penetran a galope en el castillo, haciendo vibrar con estruendo las maderas de puente levadizo, que un instante después se cierra a sus espaldas.

La Condesa Báthory ha visto con temor un relámpago rosado en el horizonte. Conmina con fiereza a sus acompañantes:

—¡De prisa! El sol está a punto de salir...

Pero las sombras de la noche, a punto de romperse, están todavía presentes cuando abandona el patio de armas y se pierde en los pasillos y escaleras que conducen a su estancia. Hace un gesto de impaciencia a Dorko para indicarle que quiere estar a solas y continúa el camino hacia su cuarto. Se detiene ante la puerta, y antes de entrar humedece sus labios resecos. Al hacerlo, percibe el sabor dulce salado de la sangre. Un sabor que la complace. Descubre que tiene sed. Tomará un poco de vino para calmarla y conjurar el frío profundo que la invade. Sus vapores han de prepararla para el sueño.

La estancia está alumbrada y caliente. La diferencia de temperatura hace que Erzebet sienta un estremecimiento y sus dientes castañetean. No repara que, a la luz de los hachones, la sombra que proyecta su cuerpo es apenas un punto oscuro junto a sus pies. Un miedo consciente o inconsciente, o tal vez un terrible presentimiento hacen que evite el espejo. Busca, en el rincón opuesto de la estancia, la botella de cristal que encierra el tinto vino espeso traído de Italia. Llena con él el cáliz dorado y lo lleva a sus labios, degustando, en un trago profundo que apura la mitad de su contenido, su sabor acre y dulzón. Siente que un nuevo estremecimiento, esta vez de calor, recorre su piel y sus entrañas.

Mira su copa, dispuesta a levantarla de nuevo, y al hacerlo, sus ojos quedan fijos en la cristalina superficie del agua perfumada, que aguarda encerrada en su jofaina de plata el momento de sus abluciones. Hay, dentro del líquido, una visión horrible de muerte vieja, de piel apergaminada rota en los pómulos por los extremos puntiagudos de los huesos, que asoman blancoamarillentos; de cráneo mondo del que cuelgan mechones aislados de cabellos, de órbitas vacías, de dientes amarillos que asoman entre labios inexistentes, de lengua desaparecida...

La Condesa lanza un grito; el cáliz dorado cae de sus manos. El vino rojo ensucia la superficie del agua, extendiéndose como una gran mancha de sangre. Es después de esta visión terrible en el líquido espejo, que su terror ha vuelto inservible, cuando Erzebet se precipita en busca de su habitual reflejo de cristal, y esta vez, el fondo azogado le devuelve su bella imagen, nimbada de una aureola difusa. Tranquilizada, sonríe. Al hacerlo, descubre con sorpresa el progresivo alargamiento de su dentadura y la filosidad creciente de sus colmillos.

* * *

La copa de vino roza los labios de la Condesa y vuelve a ser depositada sobre el níveo mantel casi intacta, apenas degustado su contenido. Dorko, de pie junto a su dueña, observa los alimentos intocados y la mirada ausente de su ama.

—¿No deseáis comer, señora?

Erzebet no contesta. Piensa en un nuevo descubrimiento. Desde hace tiempo, apenas come ni bebe. Verdad es que desde siempre está acostumbrada a una dieta tan frugal como sustanciosa. Carnes rojas, frutas y vinos generosos constituyen sus alimentos habituales. Ahora, desde hace pocos meses, picotea apenas los platos que vuelven casi intocados a las cocinas. Incluso el vino, otrora presente de forma cotidiana, es degustada raras veces. Y, sin embargo, su cuerpo no enflaquece, sin su carne pierde su turgencia. Un misterio más que añadir a la larga serie de ellos entre los que se encuentra sus escasas necesidades visitas al excusado. Parecería como si sus necesidades vitales hubieran desaparecido, y tan sólo existiera el deseo de sangre, de verla, de degustarla, de hacerla fluir. Musita:

—Tengo sed, Dorko. Mucha sed. Trae a una de las costureras. Cualquiera servirá. Todas cosen de forma detestable.

Dorko asiente. Silenciosamente, sale del salón. La Condesa se queda allí, con los ojos cerrados, esperando.

* * *

La joven costurera, fuertemente atada de pies y brazos al sillón donde se sienta, contempla con ojos desorbitados de horror a su señora. Incapaz de prever la suerte que el aguarda, pero intuyendo un feroz castigo, rompe al fin su silencio. Hay una avalancha de ruegos, disculpas, peticiones de clemencia, lloros entrecortados y, por fin, de chillidos histéricos que reverberan en las paredes y artesonados del salón.

Erzebet se lleva las manos a la cabeza. Es el dolor que vuelve.

—No puedo soportar sus gritos, Dorko. Hazla callar.

Hay un último chillido antes de que la bruja, armada de aguja y bramante, selle la boca de la muchacha con largas puntadas, uniendo sus labios. Pero el martirio sólo acaba de comenzar. El doble filo de unas tijeras plateadas se cierra, seccionando el dedo meñique de la mano derecha, y hay un chorro de sangre que fluye hasta el cáliz dorado. La Condesa grita:

—¡De prisa, más de prisa, bruja del infierno! ¡No puedo esperar!

Uno tras otro van siendo amputados los otros cuatro dedos; al final, hay una fuente de cinco caños que llena la copa con el licor rojizo que fluye por cinco heridas.

Erzebet lleva la copa hasta sus labios y bebe con delectación. Siente que su sed se apaga y un chorro de vida inunda su cuerpo. Sin mirar a su víctima, que yace desmayada, se levanta y sale del salón.

* * *

El herrero de Cesthe ha hecho bien su trabajo. La estrecha jaula metálica, tapizada interiormente de cuchillas, en la que un cuerpo humano no puede moverse sin que su carne se saje y se desgarre, es izada del suelo por la acción combinada de un torno y una polea; llevando en su interior, desnuda, a una de las camareras de la Condesa. Cuando el suelo de la jaula —que tiene una ligera forma de embudo y está dotado de un orificio central— dista vara y media del suelo, el eunuco detiene el ascenso, y el recipiente metálico queda fijo en el aire sin tan siquiera un ligero bamboleo.

Pausadamente, la Condesa, vestida como siempre de blanco, toma asiento debajo en un pequeño escabel. En ese momento, Dorko, armada de una antorcha, pega fuego al líquido inflamable que, situado en un canjilón que rodea las cuatro paredes de la jaula, arde con llamas que caldean la superficie del metal.

Un grito y un movimiento anuncian el éxito de la operación. La muchacha, enloquecida por el calor, ha comenzado a rebullirse; y una gota de sangre cae por el orificio central, y luego otra, y otra, hasta casi formar un chorro. Poco a poco, el pelo, el rostro y el blanco traje de Erzebet se van tiñendo de rojo. Pasa casi media hora antes de que el fluir de la sangre cese y la Condesa Báthory, como un espectro, se levante y, chapoteando en el charco de sangre, se aleje en dirección a su cuarto.

*   *   *

Hay una nube de polvo muerto que se dispersa, como arrastrado por el viento, en el cristal del espejo; pero Erzebet no lo advierte. Sí en cambio, observa con sorpresa que su imagen es tan vaga que apenas puede reconocerse. Este hecho le impide descubrir un nuevo crecimiento de sus colmillos. Abstraída, tampoco nota la práctica ausencia de su sombra. La voz de Dárvula que, como siempre, resuena a su espalda, le hace salir de su ensimismamiento.

—Todo está a punto de acabar, Condesa. Sólo falta la prueba final. ¿Estás dispuesta?

Erzebet asiente.

Dárvula le tiende un pequeño pergamino.

—¡Lee!

Lentamente, los ojos de la Condesa van recorriendo las palabras escritas en extraños caracteres: "Isten, suprema reina de los gatos, y también vosotros, Lucifer, Satanás, Belzebut, Leviathan, Elimi y Astaror, protegedme a mí, Erzebet Báthory y dadme vida eterna. Yo os reconozco como mis únicos señores y me entrego a vosotros para siempre".

Dárvula mira fijamente a la Condesa.

—Sólo falta que lo firmes con tu sangre. Luego debes llevarlo siempre junto a tu pecho. Si así lo haces, yo estaré eternamente a tu lado para servirte y ayudarte.

Erzebet no contesta, pero toma entre sus manos la larga aguja de oro que sujeta sus cabellos. Su extremo aguzado se introduce en una de las venas de su muñeca. Un momento después, la larga pluma de ganso dibuja con tinta viva su nombre al pie del pergamino.

*   *   *

Desnuda sobre el lecho, la Condesa Báthroy deja que, por vez primera, las manos sarmentosas de la bruja extiendan sobre sus muslos abiertos la ardiente pomada en la que se mezclan la grasa humana y el estramonio. Poco a poco sus vapores ascienden; y un calor abrasador inunda su carne, excita su sexo y hace que su cabeza se agite en un revolotear de los sentidos en el que los colores se escuchan, los sonidos toman forma, el tacto se degusta y todo parece girar, elevándose.

Volar, volar y volar. En rápida sucesión pasan los ríos, los bosques, los montes, las laderas, los poblados. A caballo sobre un palo que aflora de su sexo como una verga inmensa, Erzebet circunda con sus brazos la cintura sarmentosa de Dorko; siente en sus manos los pingajos de sus senos, que penden como dos odres vacíos y resecos, y en sus muslos el contacto apergaminado de sus nalgas desnudas.

Ahora Dorko está de pie junto a ella en el claro de un bosque lejano, iluminado por la luna. Dócil al mandato de la bruja, la Condesa se inclina ante el trasero del gran cabrón negro y sus labios besan, una vez tras otra, el orificio inmundo.

Dárvula la llama. Está de pie, junto a un árbol y con un gran cuchillo negro desgarra el pecho de una doncella desnuda. Erzebet hunde las manos en la herida y arranca el corazón que continúa latiendo una vez separado del cuerpo. Escucha un nuevo mandato.

—¡Ofrécelo a El!
Temblando se acerca hasta la Bestia, que ha cambiado de forma, y es ahora un ser extraño y gigantesco, de formas humanas, dotado de garras y unos enormes ojos amarillos. Contempla cómo el presente le es arrebatado y deglutido. Luego es precipitada al suelo. Bocabajo, a cuatro patas, siente un dolor desgarrador cuando el miembro bífido de la Bestia la penetra doblemente: sodomizaba y poseyéndola a la vez, mientras ella se debate en un maremagnum de espumarajos, gritos de dolor y de placer, imprecaciones y blasfemias. Son dos barras de metal helado que abrasan sus entrañas, y luego un doble chorro de plomo fundido que inunda su interior y...

* * *

La Condesa despierta sobresaltada, incorporándose en el lecho. A su lado, Dorko retuerce las manos con desesperación.

—¡Despertad, señora, despertad! ¡Los hombres del Emperador han rodeado el castillo y están entrando en el patio de armas!

Sin esperar respuesta, sale corriendo, buscando tal vez un lugar donde ocultarse o la forma de escapar. La Condesa, lentamente, desciende del lecho. La noticia no ha hecho nacer el temor en su pecho, aunque sabe que la aguardan acontecimientos importantes. La voz de Dárvula, que acaba de aparecer, resuena en sus oídos.

—No temas. Todo ha de suceder como es necesario y estaba previsto.

Desnuda, Erzebet se apresta a tomar su baño acuoso habitual. Luego se pondrá sus mejores galas. La circunstancia así lo requiere.

* * *

Al mando del Thruzó, el palatino y hombre de confianza del Emperador y del Rey, los soldados registran el castillo. Cada puerta esconde un horror nuevo, un hallazgo macabro. El autómata, la jaula de cuchillas, los cuencos de sangre reseca, el pozo con restos de cadáveres, las jóvenes que pueblan las mazmorras: mutiladas, desangradas y muertas con carne de sus compañeras, los garfios e instrumentos de tortura; todo es descubierto y censado. Dorko y el eunuco han sido apresados en el subterráneo, y confinados en dos celdas, esperan el momento de ser interrogados. A ellos, y por propia voluntad, se a unido Dárvula.

Thruzó no pierde el tiempo. Ha ordenado que la Condesa permanezca recluida en sus habitaciones, custodiada por dos guardias, y ha comenzado el interrogatorio de las dos mujeres y del enano.

Después de hacerlos "sudar" sujetos por el cepo en una pocilga en la que la temperatura se ha vuelto sofocante por la acción de varias estufas, ambas brujas son colgadas de los brazos —sujetos a la espalda—, con los pies cargados de plomo, y dejadas caer bruscamente hasta que sus huesos se descoyuntan. El potro completará esta labor de destrozo y desgarramiento. Luego han machacado los huesos de sus pies y de sus manos, arrancado sus uñas, han reventado su vientre y sus intestinos obligándolas a ingerir enormes cantidades de agua, y han abrasado su carne con garfios al rojo, que desgarran girones palpitantes de materia requemada. Tamaña crueldad hubiera sido

innecesaria, pues aunque Dárvula no ha abierto la boca ni exhalado un gemido, Dorko ha confesado enseguida, punto por punto, todas y cada una de las atrocidades cometidas. Pero debe quedar en claro que la violencia, el dolor y la muerte son patrimonio exclusivo del poder; y que nada ni nadie, ni siquiera la Condesa Báthory, puede usurparlos ni mucho menos superarlos.

Thruzó se enfrenta ahora a la Condesa. Altivo, no responde a su saludo. Tan sólo le comunica su decisión.

—Vuestros cómplices han confesado, señora. ¿Tenéis algo que decir?

Erzebet le mira de arriba abajo, altivez frente altivez.

—No. No he hecho nada a lo que mi rango y mis prerrogativas no me dieran derecho. Decidlo así al emperador.

—Vuestros crímenes son demasiado conocidos para que él los ignore. Yo le represento y asumo sus poderes. Quedaréis confinada en este castillo hasta el fin de vuestros días. En cuanto a vuestros cómplices...

* * *

Todavía vivos y conscientes, los cuerpos destrozados de Dorko y Dárvula son izados a sendas piras de leña verde. El enano capón merece mejor suerte. Un doble tajo separa su mano derecha y más tarde su cabeza. Mientras, las brujas arden. Hay una llamarada azulada y un olor a azufre que consume en un segundo el cuerpo de Dárvula. El verdugo, más tarde, asegurará haber oído una risotada. Dorko, en cambio, se retuerce en la hoguera y aúlla, mientras su piel se ampolla, sus ojos se tornan blancos y revientan por efecto del calor y el humo abrasa y sofoca sus pulmones. La carne, ya muerta, continúa mucho tiempo ardiendo como una tea, hasta que los huesos calcinados se deshacen y sólo queda un montón de ceniza.

* * *

Esquinado por cuatro horcas, el castillo de Cesthe guarda a la última condenada. Ha sido confinada en una celda subterránea a la que se ha tapiado la puerta. Tan sólo un orificio cuadrangular permite su ventilación y la entrada de los alimentos. La Condesa ha conseguido conservar en su prisión el espejo, que apenas refleja su silueta, y algunos de sus vestidos.

Día tras día, en la noche eterna de su cárcel, Erzebet duerme largas horas tendida en su tosco lecho. A veces, entre sueños, escucha la voz de Dárvula.

—Duerme, Condesa, duerme ¡Yo vendré a despertarte!...

Tal vez por eso, rechaza los alimentos, y sus sueños se prolongan hasta que decide no despertar y el espejo se desploma con estrépito, haciéndose añicos.

Conscientes de su muerte, los soldados del Emperador tapian el ventanuco y abandonan el castillo para siempre. Antes de marchar, convierten sus paredes de piedra en un montón de ruinas.

* * *

La joven y la anciana pasean entre las ruinas iluminadas por la luna que acaba de aparecer en el cielo. Al pie de la escalera, junto al camino, espera la diligencia con los faroles encendidos. La joven pregunta:

—Entonces, ¿la Condesa Báthroy está enterrada bajo estas ruinas?

No hay respuesta. Al volverse, la muchacha descubre que la anciana ha desaparecido. Un gato o gata negro y gigantesco, de ojos amarillos, la contempla. No ha conseguido salir de su asombro cuando el felino le salta a la cara y hundiendo las uñas en su cuello, secciona una de sus arterias.

La joven cae al suelo. Lentamente, la sangre fluye de la herida y comienza a filtrarse entre las baldosas de piedra...

Hay un aura que emerge de las profundidades, y la Condesa Báthory está allí, en pie frente a Dárvula.

—Acabo de despertar. ¿He dormido mucho tiempo?

—Para los hombres doscientos años. Para ti, tan sólo un minuto. Vamos, la noche no durará siempre y nos espera un largo viaje.

Dárvula cubre a Erzebet con su gran capa negra. Ambas se elevan del suelo, en un batir de alas membranosas, que desplegadas, eclipsan un moento la luna llena.